



Héctor se despertó sobresaltado. Había soñado otra vez con el monstruo. Pese a que era de noche, su habitación no estaba a oscuras del todo y la poca claridad que entraba por la ventana le permitía ver las sombras de los muebles. Enfrente de su cama, los muñecos de su colección de dinosaurios parecían vigilar sus movimientos, esperando el momento para abalanzarse sobre él y devorarlo. Se estremeció y metió la cabeza debajo de las sábanas. Tenía miedo, pero se dijo que no podía ser tan cobarde. Si Laura lo veía así, se reiría durante días y cuando sus padres no estuvieran delante se burlaría de él. Sabía que se lo contaría a sus amigas y que sus risitas le acompañarían en el bus del colegio. Con un movimiento brusco sacó la cabeza de debajo de las sábanas, dispuesto a demostrar que no tenía miedo. Pero casi al mismo tiempo, un pinchazo en su vejiga le avisó de que tenía que ir al servicio. Ahora sí que el pánico le asaltó del todo. No quería tener que recorrer el pasillo a oscuras hasta llegar al cuarto de baño, pero sabía que si encendía la luz su hermana se despertaría y entonces sí que estaría perdido.

Trato de ignorar la presión de su vejiga cerrando los ojos, como si de esa forma fuera a desaparecer y lograra dormirse de nuevo, pero pronto comprendió que era inútil. Como se quedara en la cama se haría pis encima y Héctor sabía que, aunque sus padres no dirían nada, no estarían muy contentos de que con seis años le sucediera eso. No quería ni imaginarse lo que le diría Laura, que se preocuparía de que todo el colegio supiera lo que le había pasado. Tendría que ir. El arrebató de valentía ya había desaparecido

por completo y con paso inseguro sacó sus piernas de la cama. El suelo estaba frío pero, aunque las buscó, no encontró sus zapatillas. No importa, se dijo, porque iba a ir corriendo por el oscuro pasillo hasta el cuarto de baño e iba a volver rapidísimo hasta su cama. No se lo había dicho a nadie, ni siquiera a su madre, y mucho menos a Laura, pero estaba seguro de que por la noche en su casa había un monstruo que estaba esperando a que saliera de su habitación para atraparlo y devorarlo, como le pasaba al niño de la película que había visto el otro día. Laura había notado que se asustaba y tuvo que disimular para que no se riera de él. Pero él escuchaba ruidos por la noche y sabía que el monstruo vagaba por la casa. Volvió a plantearse aguantar, pero su vejiga parecía que iba a explotar, así que llegó hasta la puerta y se asomó con precaución.

El cuarto de baño estaba ahí, a unos pocos metros, y se dijo que no tenía por qué pasarle nada, que en menos de un minuto estaría de vuelta en su cama y volvería a dormirse. Respiró hondo y, armándose de valor, echó a correr por el pasillo y cerró la puerta del baño tras él, con un suspiro de alivio.

Cuando iba a abrir la puerta para regresar a su habitación, se quedó paralizado, con la mano sobre la manilla. Había oído pasos. Estaba seguro. Su corazón comenzó a latir con fuerza. El monstruo le había escuchado y debía de estarlo buscando, así que trató de no hacer ruido hasta que escuchó como los pasos se iban alejando. No sabía ya cuánto tiempo llevaba allí, esperando, cuando por fin se decidió a entreabrir la puerta. El pasillo estaba vacío, aparentemente igual que antes pero, justo antes de salir, se dio cuenta de que la puerta de su habitación estaba entornada. Estaba seguro de que la había dejado abierta y ahora ya no lo estaba. En ese momento, mientras miraba el

resquicio que quedaba abierto, vio como la puerta se entreabría un poco más. Un escalofrío recorrió su espalda. El monstruo había entrado en su habitación y lo estaba esperando. No podía volver allí y pensó en qué era lo que podía hacer. Héctor simplemente tomó la decisión que cualquier niño de su edad habría tomado. La habitación de sus padres estaba al otro lado del piso, tras el recodo del pasillo. Sabía que su padre refunfuñaría, pero que su madre acabaría cediendo y le dejaría dormir con ellos. No se lo pensó más y salió corriendo en dirección a la seguridad de la habitación de sus padres. La puerta no estaba cerrada, sabía que siempre la dejaban entreabierta porque así podían escuchar si los llamaban porque les pasaba algo. Entró despacio, tratando de no despertarlos antes de tiempo y se acercó a la cama. Le gustaba esa habitación, en la que parecía permanecer inalterable el olor de su madre, que siempre había asociado a protección y a besos. Sin embargo, esta vez se detuvo. Había algo diferente en la habitación, aunque no fue capaz de saber qué era. Se acercó a la cama.

- Mamá – susurró.

Esperó unos segundos, pero no hubo respuesta. Entonces alargó la mano y fue cuando notó que la cama estaba mojada. ¿Se habría hecho pis su madre? No sabía si eso le podía pasar a sus papás y la simple idea le desconcertó. Iba a volver a llamar a su madre cuando notó como la puerta se abría tras él.

- ¿Papá? – preguntó, inseguro, al ver una sombra parada en el pasillo, sin acabar de entrar.

La figura no contestó, se limitó a entrar en la habitación. Cuando Héctor quiso gritar, el monstruo se lo impidió.

## 2

Sabía que era uno de esos días que empezaban mal y que por alguna extraña razón solo podía ir a peor. No sabía si el malestar que sentía era por la humedad y el frío que comenzaba a notar en sus huesos, pero recordó a su padre quejándose de lo mismo, y ese recuerdo de que ya tenía una edad que lo situaba más cerca de la vejez y de la jubilación que de su juventud, se quedó con él el resto del día, como una losa pesada con la que tuvo que cargar durante sus quehaceres diarios.

Para Eduardo Contreras, cada mes del calendario parecía acercarlo inexorablemente al final de su carrera y más de una vez se había sorprendido fantaseando sobre cuáles podían ser sus ocupaciones cuando llegara el momento de la jubilación. No pretendía ser uno de esos jubilados que a las ocho de la mañana salía a la calle y hacía cola esperando a que abriera el supermercado como si luego no fueran a tener todo el día totalmente desocupado. Él tenía un sueño inconfesable que había ido guardando durante años sin compartirlo con nadie, pero ahora cada vez veía más cerca el día en que vendería su piso y se compraría una autocaravana con la que pensaba lanzarse a recorrer el mundo y ver todos aquellos lugares que Marisa y él habían soñado con conocer.

Volvió a sentir el pinchazo en su interior, el dolor casi físico que sentía cada vez que pensaba en su mujer. Ya hacía año y medio desde el día en que

habían ido al médico por las migrañas que sufría. Después llegó la noticia. El tumor y el miedo llegaron juntos, cogidos de la mano. De repente, fueron conscientes, más ella que él, que seguía aferrándose a una remota posibilidad, de que los planes de futuro que habían trazado nunca se iban a realizar. Él se desmoronó, Marisa no. Y seguía teniendo abierta en lo más profundo de su ser la herida causada por no haber estado a la altura de lo que ella se había merecido. Se había dejado ahogar en un mar de dolor sin intentar oponer resistencia y había permitido que ella tuviese que lidiar con la enfermedad y con su derrota.